

CAPITULO CLXX.

Continuacion de nuestro viaje: ruta que seguimos; como la pasamos, y el equipo, y número de personas que formaban la Caravana. Encantos y atractivos que presentó para nosotras; medios de que nos valiamos para hacerla agradable, y escenas variadas que presenciabamos. Nuestras detenciones en los pueblos del transito; belleza del camino, y alternativas que experimentabamos. Nuestra llegada á Tehuacan, é instalacion en el Hotel.

De nuevo nos fuimos á viajar pero era ya por las fértiles campiñas de la América, por esos bosques vírgenes é incultos, por esos llanos tan extensos y llenos de poesía. La ruta que emprendimos para regresar á México, no ofrecia aquellos peligros é incomodidades de la anterior; el camino era mucho mejor y siempre se rendia la jornada en poblaciones de mayor ó menor importancia en las que se encontraban para hospedar-se lugares, aunque no muy cómodos si en verdad,

bien atendidos, y al menos con todo lo necesario.

Papá llevaba para todos estos puntos cartas de recomendacion del Gobernador y de otras personas muy notrables, lo que hizo que todo el trayecto fuera para nosotras una cadena no interrumpida de obaciones y fiestas. Acompañabamos tambien una escolta de 25 hombres al mando de un capitán muy fino y muy atento, así es que cuando entrabamos á las poblaciones todos se ponian en movimiento, y salian las gentes á las ventanas y á las puertas para ver qué era aquello; y realmente era de llamar la atencion por lo numeroso de la caravana que formabamos.

Componiase ésta de tres literas; que son una especie de camillas donde pueden ir dos personas, ó bien acostadas, ó sentadas en un colchon y reclinadas en las almohadas; tendrán como dos varas de largo, vara y tercia de ancho, y otro tanto de alto; son porsupuesto de madera, y de uno y otro lado tienen cortinitas que pueden á voluntad levantarse: la litera es conducida por dos caballos ó mulas que se colocan uno delante y otro detras, y dos hombres son los que se emplean en conducirla, uno delante guiando á los animales y otro al lado cuidando que no se bolque; ambas porsupuesto van montados.

Como esta especie de vehiculo carece de ruer-

das, su movimiento es como el de una amaca, y se puede en él dormir perfectamente; tiene la ventaja de poder pasar por muy malos caminos, y es una manera muy cómoda de viajar, sobre todo para las personas enfermas. Nosotras preferíamos el caballo y solo en las horas muy fuerte del sol entrábamos á la litera. Componiáse pues nuestra caravana de tres literas y seis hombres que las conducían; mas de doce mulas de carga, y cuatro ó cinco arrieros que cuidaban del equipaje; quien entre todos hacia cabeza era la escolta compuesta de 25 hombres al mando del capitán la que dividida en dos partes, iba á la vanguardia, y á la retaguardia.

Era imposible que todo este aparato pasase desapercivido por las pequeñas poblaciones que transitábamos: las gentes se agolpaban en masa para vernos; las autoridades del lugar salían á encontrarnos; y por todas partes recibíamos demostraciones de simpatía y consideración: ¡Nada mas bello y encantador que ese delicioso viaje; nuestro corazón se dilata aun al recordarlo, y en nuestra mente se reproducen todavía, las gratas imágenes que tanto nos impresionaron.

Apenas el alba comenzaba á despuntar en el horizonte y á veces cuando aun no aparecían los rayos de la aurora, abandonando el lecho emprendíamos la marcha. Nada es tan bello segun he-

mos incinuada otra vez como viajar en esas primeras horas de la mañana, nada encierra mayor encanto como precenciar; ese dulce, ese magnífico despertar de la naturaleza en la soledad de los campos; cuando el sol empieza á iluminarnos con sus dorados rayos; cuando el cielo nos saluda con su rocío, como lluvia de cristalinas perlas; cuando las flores entreabren sus calices perfumados embriagandonos con su aroma; los pajarrillos nos deleitan con sus trinos suaves y melodiosos, y la dulce brisa viene á acariciar nuestra frente; entónces el corazón se ensancha, y el alma se agita con sensaciones tan bellas y misteriosas que preciso es experimentarlas para comprenderlas; y una vez sentidas, no se olvidan jamas!...

Nunca al emprender la marcha entrábamos en la litera; el caballo era nuestra pasión, y siempre preferíamos montar muchas horas, y hacíamos que dos de los dragones que nos escoltaban nos cediesen sus mejores caballos, y allí sobre los arneses militares, en aquellos animales que talvez se habían encontrado ya en el fragor de los combates, nos hacia mas ilusión montar. Los soldados nos los cedían con gusto y colocadas ya en ellos les soltabamos la rienda, y acompañadas del galante gefe nos poníamos al frente de la escolta y rompíamos la marcha: nuestra tierna edad nos permitía hacer todo esto y niñas e-n

tónces gozabamos de esa dulce libertad de que se carece en otra edad.

Nunca hasta aquella vez habíamos tenido ocasion de observar de cerca la vida del soldado, menos de oír sus combersaciones; así es que todo nos sorprendia, y llamaba la atención.

Cuando ántes de emprender la ruta dabamos un paseo por nuestro pequeño campamento; notabamos que reinaba en él la mayor animacion: ya veíamos bajo de los árboles, un pequeño grupo de soldados ó arrieros tomando su frugal desayuno, mas lejos otros cargaban las semillas y arreglaban el equipaje; los unos enganchaban las literas; los otros ensillaban los caballos; aquellos limpiaban sus armas cuyo reluciente acero brillaba entre la luz todavia dudosa del crepusculo matinal; estos lebantaban las tiendas, y en poco tiempo quedaba el campo despejado y la caravana en actitud de caminar; entónces emprendíamos la marcha llenas de ilusion y con esas dulces emociones que se experimentan en el campo; íbamos como antes dijimos al lado del gefe á la cabeza de la escolta, y con positivo interes escuchabamos el triste canto de los soldados que casi siempre en aquella hora, y la caida de la tarde, entonaban sus melancólicos cantares. Nada es tan triste y conmovedor como esas canciones en las que el soldado da un adios al mundo y á

todo lo que ama; en las que pinta sus desgracias y los mil peligros que le cercan, en las que envia sus tiernas quejas á la mujer amada, de la que quizas se ha separado para siempre; nosotras los escuchabamos atentamente, y mas de una vez al oírlos nos conmovian amargamente; su voz por lo regular es triste al entonar sus cantares, hay monotonía en su canto, pero está lleno de tanta amargura que es imposible escucharlas sin que el alma se agite y sin que mil funestas reflexiones vengan á herir la mente.

Tambien nosotras á la caida de la tarde entonabamos á veces dulces canciones aun al pasar por los pueblos y aldeas; y las pobres gentes salian de sus casas y se detenian á oírnos; ¡cuantas impresiones, cuán dulces é inocentes gozes nos produce un viaje por los solitarios y fertiles campos de la América! Como cuatro dias tardariamos para llegar á Tehuacan pasando antes por poblaciones mas ó menos pequeñas que seria muy largo describir ó enumerar, y en las que á veces nos deteníamos algunas horas, ó bien para ses-tear y tomar aliento, ó bien en la tarde al rendir la jornada para entregarnos al reposo; regularmente nos hospedabamos en casa del gefe político ó del cura, y eran continuos los obsequios y atenciones con que nos halagaban, y de los que nos veíamos rodeadas. El camino que seguimos

era variado y presentaba algunos pasajes realmente deliciosos que nuestra pluma no intenta describir. Ya nos encontrábamos en un hermoso valle donde la vista se deleitaba en esa verde alfombra esmaltada de flores que cubria los campos; ya atravesábamos por amenos bosques cuyos árboles seculares deleitaban la vista y nos llenaban de encanto, cuya dulce sombra nos guardaba del sol y nos hacia experimentar indefinibles sensaciones: ya era por una cañada y al pié de una serranía, ó á la falda de las montañas que seguíamos nuestro camino; y eran tan amenos, tan variados los panoramas que se extendían ante nosotros, que pasábamos de sorpresa en sorpresa, y de emoción en emoción.

La cristalina agua de los rios cuyo murmullo escuchábamos nos causaba verdadera delicia; cuando caminábamos bajo los ardientes rayos del sol, secas nuestras fauces por la sed; abrasadas por el calor y la fatiga; nada era tan delicioso como escuchar el dulce murmullo de esas aguas, con avidez inmensa seguíamos ese rumor, y cuando en el centro de una hermosa arboleda, y oculto entre las flores y las malezas, descubríamos el rio que venia en su corriente precipitándose de las sinuosidades, y siguiendo tranquilo su curso, nuestra alma experimentaba una sensación indefinible de con-

tento, llegábamos hasta la orilla, tomábamos con avidez de esa agua cristalina, apagábamos la sed de nuestros caballos, y continuábamos mas contentas y con nuevas fuerzas nuestra ruta.

A veces seguíamos por la orilla de los rios sin perderlos de vista gozando de panoramas deliciosos y llenos de poesía; otras nos precipitábamos en la corriente y atravesábamos de la una á la otra ribera; veces habia en que los rios tenían mas de diez ó doce varas de anchura, y mas de una de profundidad, y en tiempo de aguas imposible es atravesarlos si no es á nado, ó en pequeñas embarcaciones. Con frecuencia encontrábamos á nuestro paso rios de esta clase y riachuelos que serpenteaban entre el follaje; pero nada mas bello y lleno de poesía que el *de las vueltas*; llamado así, porque son tantas las curvas que recorre y las figuras que forma en su carrera, que el viagero al seguir su ruta tiene que atravesarlo mas de veinte veces, notando siempre variedad y hermosos panoramas en su orilla: otras ocasiones los rios estaban lejos del camino; no eran frecuentes, y nosotras devoradas por la sed, buscábamos en vano una gota de agua para apagarla, y se pasaban los minutos y las horas sin poder satisfacer nuestro deseo; á veces torcia la ruta é internándonos en la soledad de los bosques y al pié de las montañas, descubríamos limpidas

vertientes y cristalinos manantiales, pero otras eran inútiles nuestras pesquisas y teníamos que esperar hasta encontrar alguna aldea ó alguna hacienda donde pedir una poca de agua para ahogar nuestra sed.

Pasando por todas estas impresiones y gozando cuanto es dable gozar en esta clase de viages, llegamos al fin al término de él y serian poco mas de las siete de la noche cuando hicimos nuestra entrada en una poblacion de alguna importancia y bien distinta de las que acababamos de trancitar; llamónos esto desde luego la atencion y comprendimos que habiamos ya llegado á Tehuacan; así fué en efecto, dejonos la escolta hasta la puerta del hotel, y quedando el gefe de volver al dia siguiente á tomar órdenes, nos despedimos de él, y penetramos al interior de aquella casa.

CAPITULO CLXXI.

Tehuacan; su categoria política y distancia á que se halla de Puebla; movimiento y tránsito por ella de pasajeros; su altura sobre el nivel del mar; número de sus habitantes y el de todo el Distrito; importancia que tenia en tiempo de los Aztecas; su extension, sus calles y casas; su plaza, sus portales y comercio; Palacio del gobierno, sus templos; bienestar y aseo que se nota en la poblacion. Encuentro agradable que tuvimos la noche víspera de nuestra salida; hora en que emprendimos la marcha; mal tiempo, y como hicimos el camino; movimiento que habia en los lugares de remuda de tiro de las diligencias; sensaciones que experimentábamos. Tiempo que tardamos en llegar a Boca del Monte; encantos del lugar, y estado en que se hallaba cuando pasamos por allí; impresion agradable que todo nos causaba; hora de nuestra salida y lo que sentimos al descubrir el tren del camino de fierro de Veracruz. Aspecto del trayecto de Boca del Monte á México; movimiento que se advertia en las estaciones. Nuestro tránsito por Apizaco y los Llanos de Apam. El vasto valle de México con todos sus encantos; recuerdos históricos, y lo que sentimos al verlo. Proximidad y llegada á la ciudad.

Tehuacan, ciudad cabecera del distrito, y partido del mismo nombre, se halla situada á 28